

MARTÍN L. LARREA

# OSO AZUL

COLECCIÓN  
CREACIÓN LITERARIA



Larrea, Martín L.  
Oso azul / Martín L. Larrea. -1ª ed.- Bahía Blanca: Editorial de la Universidad  
Nacional del Sur. Ediuns, 2023.  
178 p.; 17 x 22 cm.

ISBN 978-987-655-324-7

1. Cuentos. I. Título.  
CDD A863



**Editorial de la Universidad Nacional del Sur**  
Santiago del Estero 639 – B8000HZK – Bahía Blanca – Argentina  
Tel.: 54-0291-4595173 / Fax: 54-0291-4562499  
[www.ediuns.com.ar](http://www.ediuns.com.ar) | [ediuns@uns.edu.ar](mailto:ediuns@uns.edu.ar)



**Libro  
Universitario  
Argentino**

**CiN REUN**

Red de Editoriales  
de Universidades Nacionales  
de la Argentina

Diagramación interior y tapa: Fabián Luzi

No se permite la reproducción parcial o total, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización u otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor. Su infracción está penada por las Leyes 11723 y 25446. Queda hecho el depósito que establece la Ley 11723.

Bahía Blanca, Argentina, abril de 2023.

© 2023 Ediuns.

Para Sonia y Gustavo, una amiga y un hermano  
que ayudaron a hacer esto posible.



## CAPÍTULO 1

Su cuerpo se sentía cansado y se preguntaba cómo era posible si hacía más de 5 horas que estaba acostado de las cuales por lo menos 3 había dormido; pero no en ese momento. En ese momento se encontraba mirando el reloj de su celular que marcaba las 4:33 AM y podía sentir todo el cuerpo pesado y adolorido. La luz del teléfono inundaba la habitación, y se sintió tentado de buscar algún video en el dispositivo móvil para entretenerse, pero rechazó la idea. Aburrido de estar en la cama decidió que prefería estar levantado a seguir en esa agonía de no poder dormir.

Desconectó el teléfono del cargador y desactivó la alarma que tenía programada para las 5:30 AM. Volvió a dejar el aparato sobre la mesa de luz y se fue directo al baño. Aprovechó que tenía tiempo para hacer una ducha más prolongada. Se quedó varios minutos dejando que el agua golpeará su espalda y corriera por su cuerpo, casi como un masaje, casi como el contacto de otra persona. En los últimos segundos puso el monocomando de la ducha en posición de frío y dejó que el agua helada golpeará su rostro en un intento de eliminar cualquier rastro de cansancio de su cara.

Se vistió con la ropa que había dejado preparada la noche anterior, cualquiera que lo viese pensaría que estaba por ir al gimnasio o salir a correr, pero en realidad elegía esa ropa por lo cómoda que era y nada más. Lejos habían quedado los días donde cada mañana se ponía una camisa y jean para ir a trabajar a la universidad; y aunque admitía lo confortable de esas ropas, también extrañaba sus camisas y sus corbatas. Esa nostalgia le recordó que esa noche iba a volver a usar camisa y corbata, aunque más formal que sus ropas habituales de profesor. También recordó que tenía que ir a buscar el saco y las restantes prendas al negocio de alquiler de ropa durante la mañana, tal como había acordado con el dueño del local.

Todavía no eran las 5:00 AM y tenía tiempo hasta las 6:00 AM que era cuando normalmente salía, optó por aprovechar el desayuno para seguir leyendo el libro que tenía inconcluso. La cafetera estaba lista para hacer

el café pero como estaba programada para su horario habitual de despertarse, la prendió manualmente. Puso unas rodajas de pan en la tostadora, ubicó la mermelada y mantequilla de maní en la mesa de la cocina junto a la notebook que había quedado encendida desde la noche anterior. El libro *“El Dios del Desierto”* estaba abierto justo donde lo había dejado.

Con el café listo y las tostadas todavía calientes, estaba preparado para dar inicio a su desayuno cuando lo sorprendió la vibración de su teléfono celular. Al observar la pantalla vio que era una notificación nueva, inmediatamente dejó el café sobre la mesa y la abrió. Era una noticia del diario La Nueva Voz y decía “Robo Violento en Barrio Parque”, expandió el título para ver los detalles. El reportaje hablaba de cuatro hombres encapuchados que habían entrado a una casa, maniatado a los dueños y robado sus pertenencias. La única mujer que se mencionaba era una de las personas que estaba en la casa, una mujer mayor de 65 años. Al ver la edad de la mujer descartó la noticia y volvió a su libro, café y tostadas.

Cerca de las 6 de la mañana cerró la computadora, y buscó su libreta. Pasó las hojas buscando la dirección que le tocaba ese día y la encontró en la página 6, en letra manuscrita decía Nicolás Alberti 154. Agregó un palito a la secuencia de palitos que acompañaba la dirección y se dirigió hacia el garaje en busca de su auto. Mientras el portón se abría automáticamente, puso en marcha el auto y abrió la gaveta, sacó otro celular y revisó si tenía algún mensaje, pero no había notificaciones. Revisó la carga de la batería y se encontraba por encima del 90% así que volvió a dejar el teléfono en la gaveta y sacó el auto a la calle.

Era una hermosa mañana de diciembre. A pesar de ser apenas las 6 de la mañana, ya se empezaba a sentir el calor del día. Al ser los últimos días de diciembre, el tránsito estaba extremadamente tranquilo y pudo llegar a Nicolás Alberti 154 antes de lo previsto. Estacionó varios metros antes, en la vereda opuesta a la dirección, puso la radio en una estación de música las 24hs y se quedó a la espera.

De a poco fue llegando gente que se quedaba esperando en la puerta de entrada, cada sucursal era puntual en el momento de apertura del ingreso para empleados. Hasta las 6:30 la puerta no se abrió, y así fue que puntualmente, cuando el reloj del auto marcó las 6:30 AM, vio que se abría la entrada y las personas empezaron a ingresar. El clima ayudaba a que

todos estuviesen con las caras descubiertas por lo que era más fácil ver los rostros. En esta dirección se sorprendió de la poca cantidad de mujeres entraban y las que lo hacían eran fácilmente descartadas de su búsqueda. Cuando el reloj del auto marcó las 7 de la mañana dio por concluida esta salida matutina y se puso en marcha para regresar a su hogar.

Para las 7:15 AM ya se encontraba llegando de nuevo a su casa. Cada vez que entraba el auto al garaje volvía a apreciar esa simple casa que había conseguido. El frente era humilde, una puerta, una ventana y la entrada al garaje, ubicada en una zona sencilla de la ciudad con muchos otros domicilios de humilde presencia. Era, en esencia, una casa que la gente olvidaba, una a la que nadie prestaba atención. Todas las cualidades que él había estado buscando cuando tomó la decisión de mudarse.

Ingresó el auto y no se bajó hasta que el portón estuvo completamente cerrado. Antes de salir del coche volvió a revisar el celular que estaba en la gaveta. No mostraba nuevas notificaciones así que lo dejó donde estaba. Bajó del auto, abrió con llave la puerta que comunicaba desde el garaje a la cocina y entró a la casa. Esa puerta también había sido un factor fundamental en la compra de esa casa, se podía salir y entrar de la casa en auto, sin tener que atravesar la vereda.

Su mañana continuó con calma, leyendo su libro y controlando desde la computadora portátil los mensajes del celular que estaba en el auto. Cerca de las 9 vio que entraba un mensaje en ese celular, era un recordatorio del evento que tenía esa noche. La notificación le hizo mirar la hora y consideró que era un buen momento para ir a buscar la ropa que iba a alquilar. El lugar quedaba en el otro extremo de la ciudad y si salía temprano podría evitar el calor del mediodía.

Nuevamente subió al auto y salió. Él era el agasajado, o por lo menos él era la justificación para la fiesta. En el camino tuvo que detenerse dos veces porque el teléfono que llevaba consigo había sonado, en ambas ocasiones eran solo notificaciones de noticias. La primera fue otro asalto pero esta vez en la calle durante la madrugada y la segunda un choque entre un auto y un camión en la ruta de acceso a la ciudad. Ninguna mujer estuvo involucrada en estos hechos.

Casi llegando tuvo que desviarse unas cuadras de su camino original debido a un patrullero que estaba estacionado en una esquina. Prefirió

no pasar frente a él y tomó un camino que lo demoró un poco más. Finalmente, se encontró dentro del local pidiendo el saco que tenía reservado junto al resto de la ropa. Todo estaba listo para que lo retirara, pagó un depósito en efectivo y volvió al auto. Antes de salir volvió a mirar el teléfono de la gaveta y se encontró con un mensaje de texto. Era de Aurora y le preguntaba si quería que le revisara el discurso de esa noche.

No pudo evitar una sonrisa torcida, podía imaginar la cara de soberbia de Aurora mientras decía esas mismas palabras y le daba una de sus clásicas sonrisas falsas. Tomó el celular y escribió “No”, pero justo antes de enviarlo decidió editarlo y puso “No, gracias”. Envío el mensaje y volvió a poner el teléfono en su lugar. Ya eran casi las 11 de la mañana y el calor se sentía, la pantalla de información del auto indicaba que ya estaba en 33 grados la temperatura. Puso el aire acondicionado y volvió para su casa. Recordando el patrullero que antes había evitado, hizo el mismo camino de regreso.

Ya en su casa, lo primero que hizo fue ir hasta el baño, sacarse todo lo que tenía puesto y darse una ducha fría. Se sentía incómodo y necesitaba refrescarse. Luego, volvió a vestirse con ropas cómodas y pensó en el almuerzo. El día avanzó con tranquilidad mientras continuaba leyendo el libro. Sobre la mitad de la tarde, pudo ver a través de la computadora que le entraba una llamada telefónica al celular que tenía en el auto, era otra vez Aurora. Bajó la música y atendió desde la computadora.

Antes de poder decir algo, la voz de Aurora se comenzó a escuchar “*José quisiera repasar la agenda de esta noche para no tener sorpresas*”. A esta altura sabía que lo mejor era seguirle la corriente y dejarla hablar, que era lo que más le gustaba hacer, por lo que se limitó a contestar un “Bueno”. Inmediatamente ella dio un listado de eventos y actividades de esa noche “*Los invitados están citados a las 10 de la noche. Hasta la 11:30 vamos a estar con música para que todos puedan socializar. A las 11:30 la música va a bajar y esa es señal de que arrancamos con la presentación. Te voy a pedir que para las 11:15 estés detrás del escenario. Izarra va a decir unas palabras y después te va a dar el pie para que subas y digas vos algunas palabras. Después de eso seguimos socializando, seguro hacemos algunas fotos para los medios. ¿Alguna pregunta?*”.

El detalle de las fotos para los medios no se lo habían mencionado antes, sin duda a propósito. Una jugada sucia ideada por Izarra seguramente.



Tenía ganas de preguntarle si tenían un plan B en caso de que él no pudiese ir, pero le pareció demasiado grosero. Realmente no quería ir, nunca quiso ir a esa fiesta, aunque tal como lo había expuesto Izarra en su momento; peor era no ir.

No quería extender la llamada con Aurora así que se limitó a contestar “*Ninguna. Nos vemos a la noche*” y fue él el que cortó la comunicación. Sentado en la mesa de la cocina se quedó mirando la pantalla de la computadora y sintió que un dolor de cabeza comenzaba a surgir. Lo consideró una advertencia de su cuerpo, un llamado de atención que no quiso ignorar. Buscó un paracetamol en uno de los cajones de la cocina y se lo tomó buscando cortar lo antes posible ese dolor y evitar que se transforme en otra migraña.

Como cualquier día de verano, la tarde se prolongó hasta que finalmente anocheció. Optó por hacer una cena muy liviana. Sabía que en la fiesta se serviría comida y además, consciente de lo nervioso que estaría toda la noche le pareció mejor tener un estómago vacío y evitar cualquier incidente. Buscó la ropa alquilada, que todavía estaba colgada en su bolsa tal como se la dieron y se vistió. Tuvo que buscar un video sobre cómo hacer el nudo de corbata, hacía mucho tiempo que no se hacía uno y había perdido la práctica.

A las 10:00 PM en punto estaba saliendo con su auto. Iba a llegar tarde pero no le importó. Lo consideró una pequeña victoria sobre Aurora y su invasivo deseo de control. Con la llegada de la noche la temperatura había descendido lo suficiente para no tener un calor agobiante, pero no tanto como para sentir frío sin abrigo. El cielo estaba completamente despejado y ninguna hoja de árbol se movía, era ciertamente una noche hermosa.

Al entrar al edificio de la editorial se sorprendió por la cantidad de gente que había y al recorrer el lugar con su vista cruzó la mirada con Aurora que venía caminando hacia él. Antes de que ella hablara, él le habló en todo defensivo “*Problemas con el auto*”. Ella, quizás ya acostumbrada, ignoró el comentario y le dijo “*11:15 detrás del escenario*”. No espero una respuesta y continuó caminando y saludando a los invitados. Él sopesó las alternativas y consideró que quedarse detrás del escenario no era tan mala idea. Sin duda era mejor que estar socializando. Decidió entonces buscar refugio detrás del escenario y esperar hasta el momento que se inicien los discursos. Se ubicó junto a una columna de la estructura, sus pies se movían

intranquilos sobre el mismo lugar mientras esperaba detrás de la cortina. Había muchas caras desconocidas esa noche. Se mordisqueó la uña del dedo gordo de la mano derecha, aunque quedaba poca uña a esta altura para mordisquear. El descorche de una botella lo sobresaltó y nuevamente se cuestionó si había hecho bien en aceptar participar de esa fiesta.

Sacó su celular del bolsillo interior del saco, observó si tenía alguna notificación pero nada. Sólo aparecía el ícono de la alarma que estaba seteada para el día siguiente. Guardó el teléfono y se acomodó el cuello de la camisa. Toda la ropa le resultaba incómoda; saco, pantalón y corbata eran de alquiler y se sentían como tal. Lamentó haberse deshecho de sus sacos y sus corbatas, e inmediatamente eliminó ese pensamiento de su cabeza.

Pudo escuchar cómo el volumen de la música comenzaba a bajar y supo que estaba por comenzar. Él era tan malo para estos agasajos, y lo sabía. Desde hacía tiempo había dejado de intentar ser una persona sociable y directamente evitaba este tipo de encuentros. Pero el de esta noche era diferente, el evento era para él, era por él, por lo que su ausencia le generaría más dolores de cabezas que su presencia.

La recepción del edificio de la editorial había sido el lugar elegido para la fiesta. Realmente no era una mala elección, era amplio, con una hermosa vista al parque que rodeaba el edificio y era apropiado para el evento en cuestión. La decoración era un poco más cuestionable; sobre la ya existente por la navidad pasada, y la del año nuevo que estaba por comenzar, habían ubicado dos grandes posters en los laterales del escenario con la tapa del libro. En el salón, en diferentes ubicaciones, se habían puesto atriles con frases sacadas de las críticas al libro.

Había citas de los diarios Clarín, La Nación, Infobae y Página 12, también de portales como Amazon y Cúspide. Cuántas de esas habrán sido pagas se preguntó, aunque poco le importaba la respuesta. No era justo decir que no le gustaba el libro, y menos que lo odiaba. La descripción más correcta sobre su relación con él era que lo ignoraba. Ignoraba su propia creación, y pensó que así se debían sentir esos padres que ignoran o no reconocen a sus hijos. El libro, al fin y al cabo, había sido un medio para un fin.

La música finalmente se detuvo, las luces del escenario aumentaron su intensidad y el murmullo de la gente se fue desvaneciendo. El DJ anunció, haciendo especial énfasis en su cargo, a Izarra González presidenta de la